

## LOS VENTANALES DE LA ESCALERA

Tú nunca mirabas por los ventanales mientras subíamos a la habitación. ¿Para qué? Pensaba yo. Bien sabías lo que afuera, en el patio, iba a suceder. No era una premonición, era la misma certeza que tenemos al esperar la noche tras el atardecer. Con una precisión que nunca entendí —tal vez, solo era perversión— las descargas de los fusiles se escuchaban mientras eyaculabas dentro de mí. Me parecía sentir la sangre, la sangre que los prisioneros derramaban, fluyendo por mis entrañas al mismo tiempo que me esforzaba por agitar mi respiración y en jadear.

Yo no podía evitar mirar hacia el patio. Era fácil distinguir al inquieto comandante Hans con la pistola en la mano: ordenando a unos, amenazando a otros, siempre vociferando. Mas mis ojos escarbaban entre los sucios prisioneros desarrapados. Buscaba el pelo plateado de mi padre, su espalda encorvada, pero, no tenía duda, también su mirada desafiante ante aquellos usurpadores del *château*.

—No te preocupes por él, Marlene —me decías—, hoy no he firmado la ejecución de Jean. Mañana dependerá de lo cariñosa que seas hoy. No te detengas.

Y me agarrabas del brazo —me hacías daño— al tirar de mí escaleras arriba. Hacia tu dormitorio, hacia la cama donde cada mañana me violabas, contra mi voluntad por más que yo no hubiera pronunciado una sola negativa. Así lograba que mi padre viviera un día más.

Te respondía que mi generosidad sería mayor si pudiera abrazarle y, para no dejarme intimidar por las risas que soltabas, llevaba mis labios cerca de los tuyos para, tras pronunciar un fraudulento «Gunter, cariño», afirmarte que mi padre era solo un pobre viejo incapaz de causar daño al mejor ejército de Europa. Incluso te prometía que lo encerraría en casa y que cada mañana volvería a buscarte.

Dejabas que te besara, como dejan las rocas que rompan las olas, y volvías a acariciarme, a buscar en mi interior un placer que nunca saciabas. Me entregaba lo justo para que pensaras en la siguiente vez, como quien echa pequeñas ramas secas para avivar un fuego tímido. Había descubierto, con mucho más dolor que sorpresa, lo fácil que era hacer de puta. De tu putita, como te gustaba llamarme cuando estabas más excitado.

Yo te odiaba, también lo sabías. Pudiera ser que asimismo intuyeras que cada noche, mientras la oscuridad y las paredes de mi habitación parecían jinetes que me fueran

a arrollar, fantaseaba con matarte. Con matarte traspasándote todo el dolor acumulado por las torturas que realizabas a los detenidos. No me importaba lo que después me hicieran tus perros de presa. Morir, si acababa antes contigo, sería mi mejor orgasmo. Pero enseguida pensaba en Pierre. Sí, en el Pierre que había huido antes de vuestra llegada, en sus caricias, en sus musculosos brazos que me rodeaban al dormir juntos en la cama, en su cabello rubio lleno de rizos como monedas de oro, en la promesa de que al acabar la guerra tendríamos hijos libres de los carceleros que nos habían invadido, tanto como en que la pena y el odio le corroerían si no me encontraba viva. Por él, que en alguna parte se mantenía oculto, debía representar mi papel. Por él y por mi padre, el jefe de la resistencia, aunque yo te jurase que solo era un campesino ignorante, un anciano solo preocupado por la leche de sus vacas.

—*Mademoiselle* Marlene, es muy fácil evitar el sufrimiento de tu padre.

Como ese martilleo pausado de balas solitarias que Hans hacía al atravesar las sienes de los detenidos una vez fusilados, fuiste directo al único lugar que anestesiaría mi voluntad. Por Pierre, por Jean, por la resistencia, me dije, así rebajé al suelo el muro de mi voluntad y de mis convicciones.

Más que mis pechos, mis caderas o mi sexo, te excitaba la humillación de doblegar a los que nos rebelamos ante vuestro despótico dominio. ¿No era lo que sentías mientras me embestías estando dentro de mí? Pero yo, al ganar ese día de más, al pensar que Pierre me liberaría, también vencía. Aunque ninguno quisiéramos reconocerlo, la balanza de nuestros encuentros dejaba en tablas el combate.

Rompiste el equilibrio al hablarme de Pierre.

—Hoy fue un buen día. —me susurraste al oído cuando ya habías quedado satisfecho; nunca antes te vi tan hablador— Hemos capturado a un paisano tuyo: un hombretón rubio, fuerte y alto —hiciste un silencio según levantabas la cabeza para mirarme fijamente antes de continuar—, se llama Pierre. Seguro que sabes quien es.

Me clavé las uñas en la palma de la mano. No sentía el dolor. Solo una marea desbocada en mi interior que arrastraba una oleada de furia densa, plomiza, acompañada de lágrimas y gritos; de ganas por sacarte la vida y acabar para siempre contigo.

Te respondí que no lo conocía al mismo tiempo que cerraba los ojos. Debía impedir que midieras mi desesperación interior de la misma manera que se cierran los

postigos de una ventana. Debía impedir que olieras mi rabia, agria como leche fermentada.

—Dejé sin firmar su fusilamiento. Tu padre, tu novio... vas a tener que doblar tu generosidad. ¿Qué te parece incorporar a una amiga a nuestros encuentros? Una patriota dispuesta a alargar unos días la vida de los inútiles miembros de la resistencia.

Todavía no me explico como me contuve, como pude soportar la risa sardónica con la que continuaste, una risa tan helada como fétida, tan llena de pus. Solo conseguí que no vieras el fino hilo de lágrimas que terminó por salir. Me vestí, dándote la espalda, y me dirigí a la puerta. Mientras le decías al centinela que siempre quedaba afuera que me acompañara, añadiste:

—Recuerda, Marlene, tienes que doblar la inversión. Y si no apareces mañana, habrá dos nuevas ejecuciones.

Al bajar la escalera, a través de los ventanales, ya no solo buscaba entre los caídos a un hombre mayor de pelo blanco, también escrutaba en cada rincón del patio a un hombre joven de cabello rubio.

Aparecí sola al siguiente día. Dispuesta a complacerte en lo que quisieras, pero en nada más. No era justo hacer pasar a otra mujer por lo mismo que yo. A mi nerviosismo se le unieron las voces que dabas mientras te esperaba en la salita adjunta a tu despacho. Hans y tus otros ayudantes salieron con rostro serio y después, cuando lo hiciste tú, me examinaste de arriba abajo, como sorprendido de verme. Enseguida mostraste la misma sonrisa desdeñosa pero triunfante con la que me humillaste desde el primer encuentro.

Subimos por las escaleras y me pregunté por qué no te importó que mirase todo el tiempo por los ventanales, que buscase en el patio a mi padre y a Pierre entre los detenidos que Hans colocaba frente al paredón. No estaban y supe que habían ganado otro día. Tu dormitorio, al final de las escaleras, nos acogió con el mismo ritual que en días pasados. Esta vez, al escuchar los disparos, me estremecí. Empezaba a sentirme culpable por solo salvar a dos personas.

Al bajar las escaleras, con las ventanas ese día abiertas, distinguí olor a la pólvora y el metálico de la sangre. Doce cuerpos yacían en el suelo.

Me dije que solo volvería para matarte. Pero Pierre y mi padre se me aparecían antes de cargar cualquier objeto punzante que pudiera clavarte en la yugular. Acudía al

*château* sintiéndome cobarde y débil. Solo el miedo, y una vaga esperanza de ser otra, me conducían a nuestros encuentros. En uno de ellos te pregunté por qué me había topado con tan pocos soldados y por qué ninguno me había registrado cuando conté que venía a verte. Tu rostro solo dibujó una mueca. Tenías ojeras profundas como surcos y tu mano izquierda temblaba. Pensé que sería por la cicatriz del hombro, tampoco nunca quisiste hablarme de ella.

—¿Conoces a alguien que salga inmaculado de una guerra? —dijiste finalmente como respuesta según cerrabas una carpeta y te girabas para mirar al patio; tus palabras rezumaban un cansancio que yo antes no había detectado—. Hoy ya nada más puedo hacer aquí.

Sin embargo, vi tu cara de placer, un placer mucho más intenso que el que se reflejó ya en la cama, cuando subíamos las escaleras y yo miraba hacia el patio. La fila de prisioneros era muy larga. Ninguno con el pelo blanco, ninguno con el pelo rizado y rubio.

Dos horas después, según bajaba las escaleras, conté una veintena de cuerpos inertes tirados sobre el cemento del patio. Tenía que detener esa masacre. Sin nadie que me cacheara al entrar, solo tú descubrirías mi navaja al clavártela.

A la mañana siguiente apenas vigilaban la entrada media docena de soldados. No me crucé con nadie por los pasillos y tu despacho estaba abierto. Desde la mesa, con una copa de coñac en la mano, hablaste muy despacio:

—Marlene, tan fiel, tan buena hija. Aquí está sin firmar la orden de tu padre. La de tu novio debe estar también por aquí. Subamos al dormitorio.

No había ni soldados ni prisioneros en el patio y volviste a sonreír cuando me viste sorprendida.

—No te preocupes. Escucharás las descargas de igual manera.

Tus ojos brillaban, aunque tus ojeras en vez de surcos parecieran zanjas. Un brillo que daba la impresión de que te escocía.

No te diste cuenta de que había ocultado la navaja debajo de la almohada en el instante que se oyeron unos disparos. No, no eran en el patio. Seguiste desnudándote muy despacio mientras se escuchaban voces y pasos de gente subiendo la escalera.

—Tranquila, ya sabes lo que tienes que hacer para que viva tu padre —me respondiste cuando te pregunté qué ocurría.

La puerta se abrió al empezar a bajarte los pantalones. Entraron media docena de personas. Armados con escopetas y pistolas. No vestían uniformes. Alguno lo conocía de las reuniones que mi padre realizaba en casa. «Jean —gritó otro— aquí está el coronel Gunter».

Con lentitud, levantaste los brazos según el hombre que había gritado apoyaba el cañón de la escopeta sobre tu pecho. Un segundo después, mi padre irrumpió en el dormitorio. Te volviste a mirarme, yo había enmudecido sustituyendo las palabras por un río de lágrimas. Mientras tanto, fui cubriendo mi desnudez, y no solo la de mi piel, con las sábanas.

Mi padre ordenó que te bajaran y que nos dejaran solos en la habitación. Al irse todos, le abracé, pero me retiró enseguida y me pidió que me vistiera. Yo le preguntaba por Pierre al mismo tiempo que me atropellaba contándole que me acostaba contigo para salvarle la vida, para salvar la de Pierre. Le enseñé la navaja con la que pensaba matarte. Mi padre, sentado en la cama, tenía la boca sellada y mantenía la cabeza baja, no me dejaba ver su rostro. Solo distinguía su pelo blanco y fino como hilos de cristal que con angustia había buscado en el patio a través de las ventanas.

Acabé por no decir nada. Navegaba por un silencio pegajoso, un silencio lleno de niebla que me incomodaba. Tras un buen rato, mi padre se levantó y me pidió que le siguiera. Bajamos las escaleras y, por las ventanas, te vi abajo en el patio. Ya vestido de nuevo con el uniforme en el que destacaban varias manchas de sangre.

Esperaba encontrarme abajo con Pierre, ir derecha a sus brazos y mirarte fijamente para que supieras quien había sido mi único hombre.

En el patio no estaba Pierre y le volví a preguntar a mi padre. Sin responderme ni mirarme, se giró hacia uno de sus camaradas y le habló al oído. También a ti te intrigó qué le diría.

Reías, con esa risa tuya eco del infierno, cuando ese hombre y otro me agarraron por los brazos y me arrastraron a tu lado. Pegados al paredón.

—Pierre cayó en una emboscada. Jamás estuvo aquí —tus carcajadas, preludio de las balas que ya tenían marcados nuestros nombres, resonaron en el patio. Todos los

demás nos miraban en silencio. Un silencio doloroso que aturdí mis oídos, un silencio asesino idéntico al que había sentido en el dormitorio de mis torturas al estar a solas con el líder de la resistencia: mi padre.

Me arrodillé y busqué en vano exculpar mi pecado: la navaja había quedado en la cama. Mi padre solo te miraba a ti, con las lanzas de sus pupilas queriendo marcar el camino a las balas.

—Disfruta de tu orgasmo diario —dijiste cuando, como la ola de un tsunami lejano, el rumor del carguen, apunten, fuego, tantas veces repetido en ese patio, se intuía cercano.

Te miré a los ojos, que ya sólo me parecieron un espejo en el que contemplarme.

\*\*\*

José Manuel López Moncó

Primer ejercicio del curso de estilo, 16/11/2025